
Entrada libre

Año 6 calli 1966

Salvador Novo

A propósito de la publicación de Domingo Chimalpain, *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, paleografía y traducción de Rafael Tena, t. I y II, México, Conaculta (Cien de México), 1998, reproducimos aquí una crítica de Salvador Novo publicada originalmente el 15 de octubre de 1967, la cual es un homenaje casi inmejorable a los méritos literarios de Chimalpain.

15 de octubre [de 1967]

Usted, siempre tan al día como lo mantienen sus librereros, ya debe haber recibido la utilísima versión de las *Relaciones de Chalco Amequemecan* que escribió en elegante náhuatl el descendiente de la nobleza chalca don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuánitl o Cuauhtehuanitzin, si queremos ser con él debidamente respetuosos. Nacido en Amequemecan, que hoy decimos Amecameca, en 1579, y muerto en México en 1660, pasó en la capital la mayor parte de su vida, al servicio—sin ser empero clérigo ni religioso—de la iglesia de San Antonio Abad, que añadió a sus nombres o intercaló en ellos. Sus ocho relaciones son tesoro de información y ejemplo de método, pues en ellas encontramos, en perfecto orden cronológico, cuantas noticias apetezcamos acerca de los pueblos prehispánicos, sus migraciones, pactos, guerras, casas reinantes, dinastías, personajes.

Entre 1949 y 1952, Ernesto Mengin publicó estas *Relaciones* en facsímil, en Copenhague. En 1958, W. Lehmann y G. Kutscher publicaron en Stuttgart el texto náhuatl y su versión al alemán del *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacan*, cuyo original se halla en la Biblioteca Nacional de París, manuscrito 74. Otro alemán, G. Zimmermann, ha escrito y publicado en Hamburgo en 1960 el mejor estudio acerca de don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuánitl.

Pienso que ya usted ha recibido la edición que acaba de hacer el Fondo de Cultura Económica de las *Relaciones* de Chimalpahin, en

También he vuelto a explorar la selva verbosa del Torquemada, y detenídomme muchas veces a paladear ese espléndido castellano suyo, tan del siglo propiamente llamado de oro, y después del cual esa lengua decae. Tanto en Durán como en Torquemada, más en el primero acaso, me deleita el sabor de novela de caballerías con que narran los episodios, pintan las cortes, describen las batallas.

versión de la estudiosa Silvia Rendón y con un breve prólogo de Totlazotlamatinitzin Noteopixcatzin Ángel Garibay K.

Como en mi anterior confiaba a usted, me he metido a reescribir —ahora sin prisa, aunque sin pausa— la *Breve historia de Coyoacán* que ya se agotó, y que sus editores querían volver a lanzar tal como estaba. No lo admití. Por la parte prehispánica, en aquella primera redacción pasaba yo rozando apenas la superficie. Ahora le he consagrado la mayor investigación posible. Lo que llevo ya escrito, sólo de la fecha en que el diablo Tezcatlipoca (1330) se aburrió de vivir en Chalco e indujo a Quetzalcanauhtli a venir con él a Coyohuacan, donde moraba ya su hermana mayor Chalchiuhtlicue, que era maga y propició la incursión de los chalcas con ayunar agua amarga; y encontraron que ya aquí vivía mucha gente y que todos lucían las narices perforadas y en ellas adornos de metal labrado, por lo cual también se llamaba a este sitio Yacapichtlan (*yácatl*, nariz; recuerde usted: Yepeyácac, cerro como nariz): al año en que este pueblo alcanzó la población y la magnitud necesarias para aspirar a la condición de señorío o ciudad; y sus habitantes fueron a pedirle a Tezozómoc a Azcapotzalco un señor, y nos mandó a su tremebundo hijo Maxtlaton: o sea en 1410; esa primera parte suma ya en la segunda redacción más cuartillas que todas las impresas en la edición de 1962.

En las lecturas y cotejos que he emprendido para este trabajo, el Chimalpahin me ha sido de la mayor utilidad, por el sincretismo y la precisión de su método. Ciertamente, Durán sigue siendo mi consuetudinario, y es grande fortuna que esté ya próxima a aparecer la edición Porrúa de su *Historia*, de la cual no había sino la publicada hace un siglo por don José Fernando Ramírez. La que ahora tendremos ha sido nuevamente paleografiada por el padre Garibay, del manuscrito original que tampoco está aquí, sino en Madrid; llevará sus sabias notas y su brillante prólogo-estudio, y las láminas —que en la primera edición fueron a línea— lucirán los bellos colores de sus originales.

También he vuelto a explorar la selva verbosa del Torquemada, y detenídomme muchas veces a paladear ese espléndido castellano suyo, tan del siglo propiamente llamado de oro, y después del cual esa lengua decae. Tanto en Durán como en Torquemada, más en el primero acaso, me deleita el sabor de novela de caballerías con que narran los episodios, pintan las cortes, describen las batallas.

Las demás fuentes tienen valores menos atractivos: los *Anales de Cuauhtitlan*, la *Crónica mexicáyotl*, crípticas y solemnes; la *Historia chichimeca* de Alva Ixtlixóchitl, entre las dos aguas de los cronistas indígenas y de los españoles: decidido a mantener arrimada al fuego de la admiración la sardina de su ascendencia tezcocana, y a envolver en inciensos —sin duda merecidos, pero no tan en exclusividad— a Nezahualcóyotl.

Pero se me acorta el espacio. Y estábamos hablando de Chimalpahin. Y hablámos de él, porque me encantaría seguir su alto ejemplo, poseer su estilo, manejar su lenguaje, ahora que puedo considerarme, con todas las proporciones que disparan el tiempo y mi humildad, el mínimo continuador, como cronista de la ciudad de México, de sus *Relaciones*, de su puntual registro de los sucesos que se destinan a la historia de esta ciudad que, en sus palabras, mientras exista el mundo, no acabarán su fama ni su gloria.

Si tal ambición fuera posible, he aquí cómo consignaría yo lo que acaba de suceder.

Año 6 calli 1966 (reducir los años de la era vulgar, que naturalmente es la nuestra, al calendario náhuatl, es facilísimo: la cifra del año que elijamos se divide por 52; la resta que resulta se divide por trece y a la resta se le agrega tres, y eso nos da la trecena. La misma resta que nos resulte de la división entre 52, se divide entre cuatro, y la resta nos da el año como sigue: Si la resta es cero, el signo es *técpatl*, pedernal; si la resta es uno, el signo es *calli*, casa; si es dos, el signo es *tochtli*, conejo; si es tres, el signo es *ácatl*, caña. Este sencillo método lo diseñó en 1907 don Francisco Fernández del Castillo).

Así pues (a menos que ande yo muy fallo en matemáticas): Año 6 calli 1966. En este año dejó el gobierno de la gran ciudad de México Tenochtitlan el Uruchurtzin, que era tlatatécatl y cihuacóatl. Había gobernado a la ciudad durante catorce años. Allá lo fueron a insultar en su tlatlalocan los que hablan mucho como loros y hacen poco, dizque porque el Uruchurtzin había desalojado por la fuerza a unos que no querían irse. Se ensañaron con él, le chuparon su hígado con palabrería, dijeron que no amaba a los macehuales, que sólo daba sol mercurial nocturno a los calpulli de los pipiltzin allá en Chapultepec y allá en Tizapan, y que les había construido muchos ohtli para que circularan los automóviles de los pipiltzin, por los que también llegaban rápidamente a su tlatlalocan los que hablan mucho como loros y no hacen nada.

Y era grande mentira que el Uruchurtzin no hubiera querido a los macehuales, porque para ellos había construido, sólo en los dos primeros periodos que sirvió a la ciudad: de 1958 a 1964, ciento sesenta grandes tianquiztli que eran limpios y hermosos, y en los que se instalaban 49,588 puestos de toda clase de mercadería concedidos a los macehuales para que vendieran sus mercancías, y las mercancías eran limpias y sanas, y clasificadas en tianquiztli, como en otro tiempo estuvieron en el gran tianquiztli de Tlatelolco, y no hacinados y sucios y desparramados como lo estaban antes de gobernar el Uruchurtzin.

Y con sus recursos de la ciudad construyó en esos dos periodos 49 escuelas jardines para los niños pequeños, que fueran instruidos en 251 aulas. Y a los mayorcitos que ya podían ir al tepuchcalli, les hizo y consagró 258 escuelas primarias con 2,958 aulas en esos doce años, y también hizo doce secundarias con 216 aulas, y cuatro escuelas técnicas con 97 aulas en esos años, y había ahora seguido construyendo mercados y escuelas que no eran para los pipiltin, sino precisamente para los macehuales.

Y para todos, macehuales y pipiltzin y gente toda de la ciudad, hizo entonces el Uruchurtzin 97 nuevas avenidas que desarrollan una extensión pavimentada de 308,097 kilómetros, y vías rápidas en número de cuatro, que recorren 38,100 kilómetros.

Y el Uruchurtzin restituyó a la gran ciudad de México Tenochtitlan la belleza de los jardines, el amor y el respeto de las flores, el canto del agua en las fuentes. Construyó catorce jardines florecidos sobre

Y era grande mentira que el Uruchurtzin no hubiera querido a los macehuales, porque para ellos había construido, sólo en los dos primeros periodos que sirvió a la ciudad: de 1958 a 1964, ciento sesenta grandes tianquiztli que eran limpios y hermosos, y en los que se instalaban 49,588 puestos de toda clase de mercadería concedidos a los macehuales para que vendieran sus mercancías, y las mercancías eran limpias y sanas, y clasificadas en tianquiztli, como en otro tiempo estuvieron en el gran tianquiztli de Tlatelolco, y no hacinados y sucios y desparramados como lo estaban antes de gobernar el Uruchurtzin.



Este Uruchurtzin había nacido en Sonora en el año 13 técpatl 1908, y se vino acá a México Tenochtitlan en el año 3 técpatl 1924 a estudiar, y en el calmecac conoció a Miguelitzin Alemantzin, que fue después tlatoani. Y la ciudad de México era entonces pequeña, y sucia, y la gobernaba un ayuntamiento y un gobierno del Distrito siempre entrenados en políticas, y había mendigos en las calles fingiendo llagas y miserias, y puestos estorbando en las calles, y mal alumbrado, y baches en las calles.

una extensión de 4,727,819.34 metros cuadrados, y todos los habitantes, macehuales y pipiltzin, niños, viejos y jóvenes, se deleitaban con los jardines y las flores que sembró el Uruchurtzin.

Y para los muchachuelos; para que crecieran fuertes, hizo trece centros deportivos o tlachcos en la amplitud de 3,157,355 metros cuadrados. Y para los enfermos niños, hizo doce hospitales con 1,200 camas.

Y también hizo el Uruchurtzin en sólo los dos primeros periodos que gobernó a la gran ciudad de México Tenochtitlan, cinco hospitales de emergencias situados en distintos calpulli, con 948 camas para los accidentados.

Y todo esto y más que no digo y que todos los tenochcas han visto, lo pudo lograr el Uruchurtzin porque tenía fuerte hígado y no transigía ni era blando, y administraba bien los tributos, y con los que pagaban los ricos y señores, hacía, le alcanzaba para hacer obras para los que no pagaban porque no pudieran; porque la luz de mercurio y los pavimentos y drenajes y aguas y aceras, todo logró que lo pagaran los dueños de las casas, que lo podían hacer, y la ciudad salía ganando.

Este Uruchurtzin había nacido en Sonora en el año 13 técpatl 1908, y se vino acá a México Tenochtitlan en el año 3 técpatl 1924 a estudiar, y en el calmecac conoció a Miguelitzin Alemantzin, que fue después tlatoani. Y la ciudad de México era entonces pequeña, y sucia, y la gobernaba un ayuntamiento y un gobierno del Distrito siempre entrenados en políticas, y había mendigos en las calles fingiendo llagas y miserias, y puestos estorbando en las calles, y mal alumbrado, y baches en las calles. Y luego en el año 0 técpatl 1929 crearon el Departamento del Distrito Federal, que extinguió los ayuntamientos y absorbió a las municipalidades, y se hizo necesario nombrar un cihuacóatl, y hubo algunos, dicho sea con perdón, que no se recuerdan, porque ninguno le llegó al Uruchurtzin al cactli.

Y al Uruchurtzin había muchos que no lo querían, como se vio cuando se conciliaron para atacarlo por igual los popolocas de Acción Nacional y los chichimecas del PRI, y los tepanecas de otros partidos. Y no lo querían porque era inflexible con lo que consideraba en su corazón que era bueno para la ciudad, como que no se emborrachara la gente, y la gente macehual pudiera ir al cine por cuatro pesos y al teatro por doce, y por esas mezquindades que tenían encima de los ojos anublados, no miraban el bien que el Uruchurtzin le había hecho a la gran ciudad de México Tenochtitlan, que no se recuerda en los tiempos desde que llegaron los teules, a otro sino al Revillagigedotzin que haya hecho algo semejante.

Y sólo se recuerda, pero de los tiempos antiguos, a otro cihuacóatl que haya amado y servido como el Uruchurtzin a esta gran ciudad. Al tlacaeleltzin, hermano del Moteuhczomatzin Ilhuicaminatzin, que también duró en el servicio de Tenochtitlan desde el reinado de Itzcóatl hasta el del papacito, dicho sea con perdón, del Cuauhtemotzin, el gran señor Ahuizotl. El tlacaeleltzin dejó su autoridad a los 102 años porque se fue al Mictlan, quiero decir que se murió. Y dejó perpetua memoria. El Uruchurtzin vive. Y cuando se haga un balance de su obra, la historia de México sabrá cuánto le debe.

Así, querido amigo, habría yo escrito este episodio si tuviera la pluma de don Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtehuanetzin.

Pergaminos y duros

Enrique Gómez Carrillo

Fragmento del libro del escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, *Treinta años de mi vida*, 1918.

La mezcla de timidez y de osadía, de travesura loca y de sensibilidad casi enfermiza que había en mi temperamento, nadie la notaba, salvo mi madre, que, de un modo confuso, con el instinto más que con la razón, atribuía mi carácter afectuoso, mis fervores precoces, mi suavidad risueña, a virtudes profundas heredadas de ella, y achacaba mis violencias y mis caprichos a la influencia de las malas compañías y a la educación que mi padre me daba, mimándome con exceso. Algunas mañanas, cuando yo iba a despertarla y me arrodillaba ante su cama para acariciar sus largas manos aristocráticas, mirábame tristemente y trataba de demostrarme que todas mis desgracias me venían de la debilidad de mi señor papá... Porque a los trece años yo tenía ya una historia lamentable, un renombre peligroso y un porvenir comprometido... Me habían echado de tres colegios por faltas graves contra la disciplina... Me habían prohibido que entrara en la casa de mis primos porque les daba mal ejemplo... Me habían roto más de una vez la cabeza... Y hasta me habían llevado, una noche, en compañía de otros chicos endemoniados, a la comisaría.

—Todo eso te pasa porque no quieres estudiar...

Yo contestaba:

—Mamaíta de mi alma: pero si mi pobre papá se ha pasado la vida estudiando y apenas tiene con qué vivir...

Y era exacto. Mi padre, que consagró toda su larga existencia a la gramática, a la filosofía, a la historia, a la jurisprudencia, tuvo que luchar contra infinitas dificultades materiales. Sin energía, sin ambiciones, soñando siempre un sueño algo vago de bienaventuranza tranquila, olvidábase de lo positivo para consagrarse a presidir academias, a dirigir revistas, a escribir obras graves. Los anales de la colonia no tenían para él misterios. Don Pedro de Alvarado era su amigo más íntimo, y Bernal Díaz del Castillo le confiaba sus secretos. Mas cuando llegaba el fin del mes, nunca sus sueldos bastaban para pagar las cuentas de la casa. Notando los apuros de mi hogar, yo los atribuía a una especie de maldición que debía pesar sobre los hombres incautos que se consagran a la sabiduría. Todas

